

El Corazón de Deméter

Pilar Martín Arias



Acastos gritaba y pataleaba desesperado mientras se mantenía como podía aferrado al pequeño saliente de roca. Intentaba sujetarse con los pies en la pared del acantilado, pero no tenía donde apoyarlos. Con sus patadas, piedrecillas y guijarros se desprendían del muro y caían al vacío. El chico estaba aterrizado.

Gelón lo sostenía precariamente por la muñeca. Si lo soltaba, se despeñaría sin remedio. Estaban solos, nadie se enteraría de lo que había pasado en realidad. Nadie pondría en duda su versión: que se le resbaló, que no fue capaz de sostenerlo por más tiempo, que hizo lo que pudo por él.

Nadie dudaría jamás de que había intentado todo lo posible para salvar la vida de su sobrino.

1

El Guardián

— ¡Te he dicho ya mil veces que no, Acastos, no insistas!
— gritó Leota, cansada de discutir.

— ¡Pero madre, soy casi un hombre! ¡Tengo el mismo derecho que Layo! ¡Yo también quiero ir a la guerra!

— Tu hermano es el cabeza de familia, es su deber acudir a la llamada del *wanax* Agamenón, igual que en su día lo hizo tu padre. Los dioses quieran que no acabe como él y permitan que regrese sano y salvo — añadió la mujer en un susurro, al tiempo que sacudía la cabeza con amargura.

— Ya, madre, pero yo también soy...

— ¡He dicho que no! — lo interrumpió Leota—. Las instrucciones de Layo antes de irse fueron muy claras. Tu lugar está aquí. Debes obedecer a tu hermano mayor, así que no irás a ningún sitio. Déjate de tonterías y ve a recoger las cabras antes de que anochezca.

El chico dio media vuelta y salió de la casa como un vendaval, furioso. Ni su madre ni su hermano entendían nada. Estaba harto de que, a punto de cumplir quince años, todavía lo trataran como si fuera un crío. Todos los muchachos de su edad habían acudido ya a la guerra, o se preparaban para combatir. Como mínimo, servían a algún guerrero o sacerdote. Pero no, él tenía que quedarse en casa a cuidar del ganado.

Cuando su padre murió, a él le tocó ocuparse del rebaño mientras su hermano se encargaba del comercio y del resto

de responsabilidades del cabeza de familia. Desde entonces, su vida era una monótona sucesión de días iguales: sacar a las cabras, ir a los pastos, ordeñar, recoger de nuevo a las cabras... Por un lado, le gustaba jugar con Ix en el monte, pero por otro... Desde hacía unos meses, algo en él se revolvía cada amanecer sabiendo que iba a ir al mismo sitio otra vez, a hacer lo mismo de todos los días.

Desde que se fue su hermano, en ocasiones había bajado a las casas vecinas a hacer algún trueque, lo cual era un cambio, pero sin ningún interés. Lo más emocionante que le había pasado en los últimos tiempos había sido probar la nueva receta de pan de centeno de Sabina, una amiga de su madre que vivía a los pies de la colina. Y mientras él se moría de aburrimiento, su hermano iba a vivir la mayor aventura de su vida. ¡El asedio de Troya, nada menos! ¡No era justo! ¡Si a Layo ni siquiera le gustaba viajar! Con lo mucho que deseaba él conocer lugares lejanos y gentes de otros países... Sentía que el mundo lo llamaba a gritos, y él quería acudir a esa llamada. Deseaba recorrerlo entero y no perderse nada de lo que le podía ofrecer.

Le daba lo mismo lo que opinaran su hermano o su madre: pensaba irse, tanto con su aprobación como sin ella. Si ya era mayor para hacerse cargo del rebaño, lo era también para marcharse cuando quisiera. Les demostraría a todos de qué pasta estaba hecho, que tenía lo necesario para convertirse en un auténtico héroe. Quería realizar proezas a lo largo y ancho del mundo, salvar pueblos y aldeanos de los mil peligros que los acechaban. Quería que todos lo aclamaran, que los aedos cantaran sus hazañas. Como las de Heracles. Vale que era un semidiós, pero él también podía triunfar en mil batallas, estaba seguro. Era joven y fuerte, y tenía buena puntería, siempre se lo decían. Desde luego,

reunía más cualidades de guerrero que su hermano. Y no pensaba desaprovecharlas. Conseguiría un arco y se embarcaría rumbo a Troya. Se convertiría en el más famoso arquero de la tropa micénica.

Ya lo tenía todo preparado. Partiría al alba. «Bueno... que sea después del desayuno. Siempre es mejor enfrentarse a las grandes empresas con el estómago lleno», pensó con una sonrisa pícaro.

Satisfecho con su decisión, Acastos llamó a Ix con un chasquido de lengua. El enorme perrazo negro, que estaba echado al lado de la puerta, se levantó de un brinco y acudió a la llamada de su amo moviendo el rabo. Juntos se dirigieron al prado trasero, reunieron las cabras y las guardaron en el cercado. El chico volvió a entrar en la casa, cogió una escudilla y la llenó de agua. Ignoró por completo a su madre, que trajinaba junto al fuego. Sacó el cuenco y lo colocó frente a Ix para que el animal pudiera beber. Le rascó detrás de las orejas, tal como le gustaba, y le acarició el lomo.

Sí, el próximo sería un gran día.



Se despertó poco antes del amanecer, como de costumbre. Dio los buenos días a su madre sin ningún entusiasmo, molesto aún por la discusión de la noche anterior. Se sentó a devorar un cuenco de avena con leche: no estaría despierto de verdad hasta que no tomara un buen desayuno. Mientras bebía, su madre comenzó a hablar en tono cauto, con miedo a otra reacción furiosa del muchacho.

—Voy a acercarme a ayudar a tu hermana. Desde que su marido se fue con Layo, la pobre no da abasto para arreglarse con la casa, las cabras y los dos niños. Ocupate tú de sacar a los animales, ¿de acuerdo? Y recuerda que a media mañana vendrá Sabina a recoger la manteca que encargó, la he dejado ahí preparada.

—Uhum —gruñó el chico. Terminó de vaciar el cuenco y se limpió la boca con el dorso de la mano. No parecía escuchar a su madre, que lo miró preocupada.

«Aunque tenga ya el cuerpo de un hombre, en el fondo sigue siendo un niño. No se da cuenta de cómo son las cosas en realidad», pensó Leota. «Y eso le acarreará un buen disgusto antes o después». En cualquier caso, no podía perder el tiempo en otra difícil charla con él, tenía muchas cosas que hacer aquella mañana. Ya hablarían en otro momento.

En cuanto su madre salió, Acastos se levantó de un salto. Cogió una escudilla de barro, un cuchillo, dos hogazas de pan y un trozo de queso, que envolvió en un paño. Sacó el zurrón de debajo de su camastro. Ya tenía preparada una túnica de repuesto y su clámide, por si refrescaba por las noches. Metió las provisiones en el zurrón, echó un último vistazo a la casa y, con una extraña sensación de mariposas en el estómago, salió dispuesto a comenzar su aventura.

El día amaneció despejado. El sol comenzaba a brillar tras las colinas. El calor abrasador de finales del verano haría acto de presencia en pocas horas, aunque por las mañanas la temperatura era muy agradable, estupenda para iniciar un viaje. El chico se agachó y se abrazó a Ix, que había corrido a su encuentro.

—Bueno, muchacho... Es hora de irse. Te voy a echar de menos —dijo en un susurro, con las lágrimas atenazándole la garganta—. La guerra no es un sitio apropiado para ti,

debes quedarte aquí y cuidar de madre en mi ausencia, ¿eh? Tendrás que ayudarla con las cabras, ya sabes cómo hacerlo.

El perro movía entusiasmado la cola ante las caricias de su amo, que no se decidía a soltarlo. Separarse de él era lo que más le costaba, pero no le quedaba más remedio. Después de jugar con su amigo unos minutos, se puso por fin en pie.

—Buen chico. Ya sabes lo que te he dicho: pórtate bien. En fin, ¡vamos allá!

Hizo una seña al perro para que se quedara sentado frente a la puerta de la casa y comenzó a caminar a buen ritmo. En lugar de dirigirse al sendero que zigzagueaba colina abajo, había decidido tomar la ruta más rápida: a través de los prados resecos por el calor del estío. No había dado ni diez pasos cuando algo le remordió la conciencia: nunca había hecho nada semejante, y su madre se alarmaría si no lo encontraba en casa a su regreso. Acastos dudó: por mucho que se hubiera enfadado con ella por la discusión que habían tenido, lo último que quería era hacerla sufrir. Pero la decisión estaba tomada y no pensaba echarse atrás. Ya tenía edad más que suficiente para saber qué quería hacer con su vida. ¡Y desde luego no era quedarse allí a cuidar cabras! Pensó que lo mejor sería detenerse en casa de algún conocido y pedirle que le transmitiera un mensaje a su madre.

A medida que descendía, los pastos fueron dando paso a terrenos más llanos donde algunos aldeanos cultivaban hortalizas. Él prefería vivir en la zona alta: el aire era más fresco y el calor, menos sofocante. Al llegar al pie de la loma, tomó el sendero y se dirigió hacia el hogar de Cestión. Le daría a él el recado.

Era un viejo amigo de la familia al que consideraba casi un abuelo. Cuando era niño, solían ir a comer a su casa;

al anciano le gustaba contar historias y a él le encantaba escucharlas. Además, Cestión se había volcado en ayudar a la familia tras la muerte de su padre. Su madre le tenía mucho cariño.

Tal como suponía, el viejo estaba ya trabajando en su pequeña huerta, a pesar de lo temprano que era. Al oír pasos a su espalda, se incorporó y se dio la vuelta.

— ¡Hola! — saludó el anciano con una amplia sonrisa que dejaba ver sus dientes mellados—. Hacía tiempo que no te pasabas a verme, jovencito. ¿Qué tal? ¿Qué te trae por aquí?

— Bien, esto... escucha, Cestión, necesito que me hagas un favor. — El anciano miró a Acastos con curiosidad; sus ojos se abrieron con asombro al ver el zurrón que llevaba colgado—. He decidido salir de viaje. No sé lo que tardaré en volver, pero no te preocupes, estaré bien. ¿Puedes decírselo a mi madre? No se lo he contado a ella porque, bueno, ya sabes...

Cestión observó al chico de arriba abajo. Lo conocía desde que era un bebé. Siempre había sido un niño alegre, divertido y travieso, pero obediente. Sin embargo, en los últimos tiempos había cambiado. Leota le había contado que se mostraba más taciturno y hosco. Y él sabía por qué. El chico era igual que su padre, Locestes: estaba creciendo y el mundo que conocía se le quedaba pequeño. Necesitaba mucho más. Incluso en el aspecto físico, el muchacho era una copia del hombre: alto, delgado, con el pelo negro muy rizado y unos brillantes ojos verdes, y con esas extremidades flacuchas que le daban un aspecto de lo más desgarbado. Entendía muy bien lo que sentía el chico: Locestes no era el único que hizo lo mismo a su edad. Él también tomó la decisión de salir en busca de aventuras incluso antes. Los tres lo llevaban en la sangre.

Sin decir nada, el viejo entró en su cabaña. Reapareció instantes después con una cajita de madera en las manos y se la tendió al chico con un gesto solemne.

—Toma, muchacho. Le prometí a tu padre que te lo daría cuando llegara el momento. Y por lo que veo, ya lo ha hecho —añadió con una cálida sonrisa.

Acastos cogió la caja con curiosidad. Era muy pequeña, le cabía en la palma de la mano. Estaba hecha de una madera oscura y, por lo suave que era al tacto, bastante vieja. La abrió con cuidado. En su interior, sobre una almohadilla de color verde oscuro, había un anillo de bronce.

—Un anillo... ¿de mi padre? —Cestión asintió.

El muchacho cogió el aro de metal y lo examinó con detenimiento, emocionado. No conservaba nada que hubiera pertenecido a su padre: ni túnicas, ni su manto, ni su espada... Y que él supiera, su familia nunca había tenido nada de valor. Le dio vueltas despacio. Al girarlo vio que tenía un grabado en la cara interior: tres pequeños rayos unidos por su extremo inferior—. ¿Y esto?

—Eso, jovencito, te puede abrir muchas puertas cuando lo necesites. No se lo enseñes a nadie si no es preciso, pero ten por seguro que si en alguna casa encuentras ese símbolo serás bien recibido y se te proporcionará toda la ayuda que sea posible.

—Pero... —Acastos estaba perplejo. ¿Qué quería decir el anciano?

—Tranquilo. Lo descubrirás a su debido momento. Descuida, le daré el recado a tu madre. Ahora márchate antes de que este viejo cambie de opinión y te encierre para no dejarte escapar —dijo entre risas, empujando con

suavidad al chico hacia el camino—. Ten cuidado. Y que el gloriosísimo Zeus te proteja.

Sin entender nada de lo que el viejo Cestión le había dicho, Acastos se puso de nuevo en marcha. El anillo le quedaba un poco grande, así que se lo colocó en el pulgar de la mano izquierda. Pensó en su padre. Hacía ya ocho años que había muerto y empezaba a costarle trabajo recordarlo. Lo que veía de forma más nítida eran las veladas junto al fuego, mientras les contaba las historias de Heracles. Si cerraba los ojos, podía verlo gesticular; oía su voz grave y profunda, el tono agudo hasta la exageración que empleaba cuando fingía que era una mujer la que hablaba, su risa alegre y contagiosa... Por entonces él no era más que un niño, creía que su padre estaría siempre con él y no le daba demasiada importancia al tiempo que pasaban juntos. Fue todo tan repentino... Una mañana, Locestes se despidió de él, igual que tantas otras veces, y salió a hacer algún recado. Pero no volvió ese día, ni al siguiente ni al otro tampoco. Hasta que, una luna después, un mensajero trajo la noticia de su muerte, sin dar ninguna explicación. Ni siquiera recuperaron su cuerpo para poder honrarlo según la tradición. Y entonces, tantos años después, aparecía de la nada un anillo que le había pertenecido. ¿Por qué Cestión nunca se lo había mencionado? Por los dioses, ¡como si no hubiera tenido ocasiones en todo este tiempo! ¿Acaso no confiaba en él? Además, ¿por qué guardaba el anillo el viejo, y no su madre? ¿Y por qué se lo había entregado a él y no a Layo, como correspondería por ser el hermano mayor? Cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía aquello y más preguntas se agolpaban en su cabeza.

Ensimismado en sus pensamientos, Acastos apenas se daba cuenta de por dónde iba o del tiempo que había pasado

caminando. Solo hizo un breve alto a mediodía para comer algo y beber un buen trago de agua fresca con la que aplacar el sofocante calor antes de continuar su viaje. Su plan era seguir por el camino principal hasta Micenas, donde podría enrolarse en el ejército o trabajar para algún hombre importante que partiera a la guerra.

Al dejar atrás las colinas, los pastos y las pequeñas huertas cedieron su lugar a los extensos campos de cereal. En esa época del año ya se había segado la cebada y solo quedaban rastros resecos por sol. Hasta entonces nunca se había fijado en cómo el paisaje cambiaba a medida que el sol se movía y lo iluminaba todo con distinta luz. En ese momento, cercano ya el ocaso, el mundo adquiriría un bonito tono anaranjado. Admiraba los efectos de la luz del atardecer cuando distinguió un punto especialmente brillante, como metálico, unos pasos más adelante, entre los rastros. Pensó que podría tratarse de alguna herramienta perdida por un campesino y decidió comprobar el origen del brillo. Cuanto más se acercaba al lugar, más se daba cuenta de que era imposible que ese resplandor lo causara cualquier tipo de herramienta. Sus sospechas se confirmaron al encontrar, un par de pasos más allá, un cuerpo en el suelo.

Era un hombre, un soldado al parecer, que yacía boca abajo. Iba ataviado con un casco y una coraza de bronce. Era esta la que causaba el resplandor que había llamado su atención. Y es que no brillaba sin más: la armadura refulgía con el sol del atardecer, lanzando destellos dorados en todas direcciones. Se acercó con cautela. El hombre no se movió. Acostos no sabía si se había desmayado o, peor aún, si estaba muerto. Miró a su alrededor, pero no vio signos de lucha. Tampoco encontró ninguna herida en el cuerpo ni manchas de sangre. Se agachó para observarlo de cerca.

Cuando se encontraba apenas a unos palmos, el soldado levantó la cabeza. El chico se cayó de culo de la impresión. Era evidente que el soldado estaba más cerca del Hades que del mundo de los vivos: su rostro tenía el color de la cera y la carne apenas le recubría los afilados huesos. Era casi una calavera. Pero se movía: con evidente esfuerzo, alargó la mano hacia el muchacho y le tendió un pequeño saquillo de cuero. Comenzó a hablar en un murmullo apenas audible. Acastos tuvo que acercarse más para poder entender lo que decía.

—Llévalo... Deméter... —Un espasmo sacudió al hombre en el momento en que soltó el saquillo.

—¿Qué? ¿Quién eres? ¿Qué te ha pasado? Será mejor que vaya a buscar ayuda. —Hizo amago de levantarse, pero el guerrero alzó un poco el brazo y negó con la mano. No había tiempo para más. Curvó la boca en una mueca, lo más parecido a una sonrisa que pudo conseguir.

—No dejes... que... cojan... Devuélvelo... Deméter...

Con un último suspiro, murió. La armadura dejó de brillar de una forma tan repentina que el chico miró hacia arriba por si una nube había tapado de pronto el sol. No era el caso: el cielo seguía despejado y el sol continuaba su descenso hacia el horizonte.

Acastos estaba aturdido y asustado. Era la primera vez que veía morir a una persona. Si es que a ese soldado se le podía considerar un hombre, porque ni siquiera parecía vivo, en realidad. Y tampoco se explicaba la razón de su muerte. Había sido todo tan rápido y tan extraño que tardó unos instantes en darse cuenta de que seguía sentado en el suelo frente al cadáver. Ni siquiera se había fijado en que tenía todavía el saquillo entre los dedos. Lo abrió despacio y lo volcó sobre su mano. De su interior cayó una piedra

translúcida, plana y ovalada, más o menos del tamaño de un huevo y de un llamativo color rojo brillante. Se la acercó a un ojo y miró a través de ella, lo que hizo que cuanto había a su alrededor pareciera bañado en sangre.

Acastos nunca había visto una piedra preciosa, pero sin duda esa debía serlo. De pronto, sintió una pequeña palpitación en la palma de la mano. Se fijó con más atención. La piedra era algo más oscura en el centro. Al entornar un poco los ojos para fijar la vista, le pareció que ese punto se expandía y se contraía ligeramente: el núcleo de la piedra latía. No, eso no podía ser. Sin duda, el cansancio y la impresión de ver morir al soldado le estaban jugando una mala pasada. Guardó la gema en el saquillo y lo metió en el zurrón. Se puso en pie y se alejó con rapidez del cadáver. Lo último que quería era que alguien lo encontrara allí y lo acusara de haber tenido algo que ver. Volvió al camino y buscó algún sitio para pasar la noche, que se le echaba ya encima.



— ¡Va contra las normas! — tronó Hades.

— Por supuesto que no — respondió con calma Deméter—. Está permitido que el Corazón recaiga en otro Guardián si el predecesor se lo entrega justo antes de morir. Lo que sí va contra las normas es que hayas matado a Farsio de esa manera. Sabes bien que no puedes actuar directamente sobre el Guardián. Además, le había cogido cariño — dijo con un mohín.

— No, claro. Yo no puedo intervenir y sin embargo tú sí puedes aparecer y entregarle una armadura divina, ¿verdad, querida? — Deméter le lanzó una burla como respuesta.

— Basta — intervino Zeus—. Ya conoces las reglas, Hades: el Corazón tiene nuevo Guardián, es inapelable. Y ninguno de los dos volverá a intervenir, o tendrá que enfrentarse a mi cólera. ¿Está claro?

— No es más que un niño, debería... — Deméter intentó replicar, pero se calló en cuanto el dios del rayo le dirigió una de sus furiosas miradas.

— Nada de intervenciones — zanjó—. O de lo contrario me veré obligado a anular la competición.

— Supongo que eso te incluiría también a ti, hermano. Parece que el chico es uno de los tuyos — añadió Hades, que no estaba dispuesto a salir perdiendo. Había demasiado en juego.

— Casualidad. Te aseguro que no he tenido nada que ver en ello. Por supuesto que yo tampoco intervendré. — El

señor del Olimpo se recostó en su trono de oro, decidido a observar al muchacho con atención en los días siguientes.